



LA VORACIDAD POLITICA DE LA SOCIOLOGIA

Reyes Mate

Los últimos escritos de Habermas anunciaban la necesidad de desarrollar en una nueva y grande obra, y de manera sistemática, lo que él entendía por teoría de la comunicación. Es lo que ahora ofrece con su *Theorie des Kommunikativen Handelns*¹, 1.200 abigarradas páginas distribuidas en dos tomos.

El libro es un poderoso mosaico donde se combinan los desarrollos extensos de determinadas preguntas con recensiones de libros, pero sin perder nunca el objetivo del trabajo.

Dada la idea que tiene Habermas de la sociología, heredera de la filosofía, el libro es un buen ejemplo de labor interdisciplinar, en el que la etnología, antropología, fenomenología y autores del pasado se ensamblan no tanto por mor de las cuestiones específicas de cada una de esas disciplinas sino en orden a desarrollar la teoría de la comunicación que es lo que a Habermas interesa.

Una herramienta de esta investigación lo constituye el concepto de *contemporaneidad*, según el cual autores o teorías de otros tiempos —y el autor se toma muy en serio a Max Weber, Deard y Durkheim— ofrecen paradigmas en el tratamiento de los temas; las teorías de otrora ganan en calidad al perder el contexto de origen. No interesan como aportación a la historia del problema, sino como modelos abstractos de cuestiones actuales. Más exacta-

mente, son vistos como parte de esa empresa que consiste en desarrollar el *proyecto de la modernidad* en base a solucionar las aporías que todavía penden del concepto de racionalidad.

Esas contradicciones, sobre las que constantemente vuelve la Escuela de Frankfurt, las formuló Weber al reconocer que el avance de la racionalidad occidental acarrea una pérdida de libertad y de sentido. Habermas se entretiene en explicitar el dilema: que cada intento organizativo de una parte de la realidad lleva consigo una ruptura respecto al resto de la misma; que cada victoria sobre la realidad nos aísla de lo demás y lo perdemos; que la habitabilidad racional de una parte del mundo se paga con la inclemencia de lo que queda al margen; que cuanto más competentes se hacen unos, más incompetentes se obliga a ser a los otros; que se agranda el abismo en-

tre el experto y el público en general; que el desarrollo racional de la cultura corre paralelo a un empobrecimiento de las tradiciones, etc.

Las cosas no se han producido como se lo imaginaban los ilustrados, y nada lo visualiza tanto como la distancia entre aquellos sobrios e intransigentes calvinistas —los padres del capitalismo— y el moderno capitalismo donde el consumismo y el poder han cambiado con el alma individual que el ascético calvinista quería salvar.

Habermas es de los que piensan que este fatal destino de la razón no es un mal congénito, sino un problema de desarrollo, del mal desarrollo. Y a ello se aplica. Por lo pronto, hay que desechar a la historia que sólo sirve para adornar una teoría, pero no para confirmarla. Más que la explicación histórica importa el *corte transversal* que pone al descubierto distintos afanes sobre empresas comunes. Por ejemplo, lo que durante siglos ha sido asunto de la filosofía resulta que se ha desgajado, ética, politología, economía, etcétera. El *corte transversal* es la unificación de todos esos afanes en orden a solucionar las aporías del proyecto de la modernidad. Esta nueva visión simbólica es una tarea de la sociología, y no ya de la filosofía.

El dilema de la sociología es una razón moderna que está orientada al crecimiento de la racionalidad, pero que ha sido instrumentalizada por exigencias de la racionalización. Para salir del atolladero no debe recaer en el error de la filosofía, perdida entre construcciones historicistas, por un lado, y recomendaciones politiqueras, por otro.

Una teoría de la comunicación, según Habermas, se ba-

sa en el lenguaje «entendido como medio directo de acuerdo, donde el que habla y el que escucha se relacionan desde los respectivos mundos en algo que se da en el mundo objetivo, a fin de negociar definiciones comunes de existencia». Hay pues, en el punto de partida, la convicción de que la comunicación humana tiende hacia el consenso, como si la comunicabilidad fuera congénita a la convivencia del hombre.

Esta convicción se basa en dos argumentos. Por un lado, se observa una tendencia histórica hacia la racionalidad, constituida por el aprecio general hacia un estilo de vida superior. Primero la religión y luego la ciencia han sido los cauces de ese esfuerzo de racionalización de la realidad, que se ha producido en base a una diferenciación progresiva de los componentes estructurales del mundo —cultura, sociedad, persona—. Cuanto más se diferencian esos componentes tanto más intervienen situaciones condicionadas por un acuerdo racional. La razón de más peso acaba siendo la autoridad reguladora de las situaciones vitales. El segundo argumento consiste en afirmar que se pueden superar las aporías que decía Weber sobre la modernidad si se superan los modelos de racionalidad derivados de lo que Habermas llama la *filosofía de la conciencia*. No se sabe muy bien qué es, pero, por otros trabajos, se puede deducir que Habermas alude a que la filosofía tiene que olvidar cuestiones primeras, tales como por qué el ser y no la nada, y limitarse a asuntos segundos, como por qué el ente es así y no de otra manera. La heredera de la filosofía, la sociología, no debe plantearse más que las cuestiones que puede resolver y dejar en paz el

clásico problema de la verdad, que seguramente no sirve para nada.

Desde esa doble argumentación la teoría de la comunicación puede superar los desviacionismos instrumentalistas, la *Zweckrationalität* weberiana, y colocar al desarrollo de la razón en el centro de una teoría de la comunicación que posibilite el cambio que la sociedad necesita. La razón comunicativa no puede ella sola convertirse en la teoría general del cambio. Para ello habría que lograr una reproducción simbólica del mundo vital, propio de cada uno de los grupos sociales, hecha por supuesto desde dentro, desde los propios intereses. Pero la razón comunicativa es el alma de esa teoría general.

Cabe preguntarse, sin embargo, si con los dos argumentos base de la teoría, Habermas puede ir muy lejos. Parece un poco simplista afirmar que la historia demuestra una tendencia constante hacia la racionalización, dejando todo lo que ha sido desarrollo irracional en el capítulo de los «accidentes». Todas las objeciones de Walter Benjamín al costo del progreso se vuelven contra Habermas. Sin darles una solución no hay por qué esperar que las aporías weberianas desaparezcan. Al contrario.

La crítica de Habermas a la filosofía, declarando que nada se puede esperar de las cuestiones que no tienen solución operativa, es la confirmación de las viejas apatencias de la sociología, que sólo se interesa por el cómo fabricar mejor el cesto social con los mimbres del mercado. Pero la historia está llena de ejemplos contrarios: que los grandes cambios se producen cuando se inventan nuevos mimbres. El planteamiento

está de moda. También por estos pagos, donde los sociólogos quieren situar a los «filósofos» fuera del campo de tiro de la actividad teórica de la política. Pero no es una casualidad que en la República Federal muchos se pregunten si Habermas, con el tiempo, no se ha convertido en el ideólogo del «bundesrepublicanismo». La CDU, el partido conservador alemán, así lo ha entendido y por eso ese alcalde democristiano de Frankfurt ha condecorado a este Habermas, al que en 1968 co-rearon los rebeldes estudiantes.

La polarización que se está produciendo —y en España con particular fervor— entre sociología, responsabilidad política, sentido del cambio, por un lado, y filosofía, sobredosis ideológica y utopismo, por otro, es mal asunto, por muy en boga que esté. Este libro revela que no pude haber teoría del cambio sin sociología; también pone de manifiesto que ese cambio vale para andar por casa; bastante para los tiempos que corren, pero insuficiente si se sigue hablando del *proyecto de la modernidad*.

¹ J. HABERMAS: *Theorie des Kommunikativen Handelns* (Suhrkamp Verlag, Frankfurt).

MENDES-FRANCE, POR LACOUTURE

M. Sánchez Ayuso

Jean Lacouture es autor de numerosas y fundamentales biografías. Nasser, De Gau-

lle, Ho-Chi-Minh, León Blum, etc., han sido estudiados por Lacouture en el sentido de que ha contado sus vidas y sus obras con rara maestría. En su último libro ¹, Lacouture nos presenta la figura de Pierre Mendès-France, que, desde muy diferentes puntos de vista, es importante y no sólo para los franceses. Mendès-France es un político poco habitual, discutido, con un cierto estilo que, como ha indicado Jean Touchard, es la búsqueda del realismo, de la eficacia, es también un método de trabajo, es la apelación a la opinión pública, etc. ². En alguna manera, ese estilo es el de ofrecer la imagen contraria a la idea estereotipada que se tiene —tan injusta en muchos casos— del político como maniobrero, como demagogo...

A lo largo de las páginas de esta apasionante biografía nos aparecen las raíces familiares de Mendès-France, su infancia y sus estudios, los de un alumno brillante, y sus primeros pasos en política. Milita Mendès entre los estudiantes radical-socialistas (fue secretario general de la Liga de Acción Universitaria Republicana y Socialista) y a los 25 años fue elegido diputado por Louviers, como miembro del Partido Radical, en el cual formó inmediatamente parte del grupo llamado *Jóvenes Turcos*. Este título le fue discernido por su voluntad de reforma y de cambio, habiendo puesto de moda otra vez el viejo grito de Herriot: «No hay enemigo a la izquierda». Fue partidario claro y decidido del Frente Popular, en el que fue subsecretario de Estado en el segundo Gobierno de Blum, en 1938.

La guerra la hace en Aviación y, al marchar en el famoso *Massilia* a Marruecos, es

considerado desertor por Vichy, siendo condenado; escapa con destino a Londres, donde se une a De Gaulle, llegando a ser Ministro de Economía Nacional en el gobierno presidido por el general. Mendès, en 1945, dimite de su cargo, pues es partidario de un rigor financiero que el gobierno no mantiene. En este sentido destaca Lacouture constantemente un aspecto básico de la figura de Mendès —que, de alguna manera, se convertirá en leyenda—: la austeridad. Así, titula el capítulo referente a su paso por ese Ministerio como «ministro del rigor».

Mendès desarrolla misiones internacionales, lleva a cabo requisitorias duras en la Asamblea Nacional contra la política indochina de los diferentes gobiernos, y publica estudios que le van a proporcionar una justa fama de economista y de político que confía en la ciencia y en la técnica. El semanario *L'Express* surge en 1953 y, desde el primer momento, apuesta por el mendesismo. En el libro de Lacouture, Mendès habla de los enormes servicios que le prestó *L'Express*.

Como es lógico, una parte importante de la biografía de Pierre Mendès-France se dedica a su etapa como presidente del Consejo de Ministros. Poco más de siete meses duró su Gobierno, desde el 18 de junio de 1954 hasta el 6 de febrero de 1955. En ese período se liquidó la guerra de Indochina, la Comunidad Económica Europea de Defensa, y se llegó a los acuerdos de Londres y de París. Toda la negociación de Ginebra sobre Indochina es descrita por Lacouture con detalle y con interés, así como el comienzo de la negociación tunecina, obra también de Mendès. La caída